

# Las orillas de las cosas

Miguel González-Gerth

*A Rafael Valencia*

Siempre hay algo incierto.  
No importa qué se haya logrado  
en el tiempo y el espacio,  
mellizos que nos aprisionan  
cuando más o menos lo pensamos.  
Sucede —y también resulta incierto—  
que los sentidos parecen engañarnos.  
Se van sintiendo las cosquillas  
en las plantas de los pies —base de  
la postura que adquirimos  
sin saber por qué— y aquéllas,  
como cualesquiera otras, anticipan  
sensaciones cuyo origen tampoco  
ni sabemos ni sabremos discernir.

Dicen algunos que hay que ver las cosas  
como son. Pero, ¿cómo es que son?  
Y peor aún ¿cómo serán  
sin importar cómo hayan sido?  
De toda controversia hay que alejarse  
sin rendirse, como un gato  
que se aleja cautelosamente de otro,  
o como un torero  
que da la espalda al toro  
y no vuelve a la estocada  
—mortal por si lo fuera—  
sino que en soledad se aleja  
en medio de aquel ruedo insoportable  
para perderse en la solana.

Siempre queda algo,  
 no en el arenoso redondel  
 sino en la taza de la vida,  
 en el fondo del vaso, del plato,  
 del frasco o de la botella.  
 Queda algo aunque no se vea,  
 aunque no se sienta,  
 aunque no se huela,  
 aunque no se oiga,  
 aunque no se piense:  
 en la inertitud, en la incerteza  
 en que se regodea la incertidumbre,  
 en la inseguridad de que se adueñan  
 las orillas de las cosas.  
 Pero queda algo que no se sabe  
 lo que es,  
 sólo algo incierto.

La verdad y la belleza  
 —todo lo contundente se da en pares y parejas,  
 pese a que el joven Keats  
 las haya unificado—  
 son más o menos relativas  
 a pesar de que hayan aspirado  
 a las categorías  
 que se dicen absolutas  
 y acaban siendo menos aun que relativas  
 porque no se relacionan, como no se relacionan  
 la luz del medio día y el zumbido de una  
 [abeja.

Siempre queda algo incierto.  
 Después de haber soñado  
 con ápices de pensamiento,  
 se termina en la penumbra  
 de la insignificancia del momento.